



LA ZARINA

ELLEN ALPSTEN

San Petersburgo, Palacio de invierno, 1725.

Pedro el Grande agoniza, la muerte se acerca. La debilidad y traición de su único hijo le llevó a un cruel y espantoso acto que dejó al Imperio sin heredero y a Rusia a las puertas del caos.

Ahora, junto a su lecho de muerte se encuentra la mujer que ha permanecido a su lado durante años: Catalina, su segunda esposa; tan despiada, ambiciosa y apasionada como el mismo zar.

Nacida en la más absoluta pobreza, Marta es la hija ilegítima de un siervo de una aldea del Báltico que, tras innumerables penurias, logra llegar al campo de batalla de la Gran Guerra del Norte. Allí su destino se cruzará con el del zar y ambos quedarán unidos para siempre.

Gracias a su inteligencia, belleza y valor, y movida por la ambición, la pasión y la pura voluntad de vivir, Marta se convertirá en Catalina I de Rusia. Pero el zar es un ser voluble y su furia, legendaria... ¿Será capaz Catalina de mantener en secreto la muerte del zar mientras mueve las piezas para destruir a sus enemigos y alzarse con la corona?

Desde los sensuales placeres de la decadente aristocracia rusa y los ritos con olor a incienso de la iglesia ortodoxa hasta el terror de las cámaras de tortura de Pedro el Grande, *La zarina* revela el tóxico y peligroso mundo de la Rusia imperial.

La fascinante historia de una mujer excepcional cuya ambición transformó el Imperio ruso.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La zarina](#)

[Personajes](#)

[Interregno, 1725](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Interregno, 1725](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[Interregno, 1725](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[80](#)

[81](#)

[82](#)

[83](#)

[Interregno, 1725](#)

[Extracto del diario de Jean-Jacques Campredon, embajador de Francia en la corte imperial de San Petersburgo, 16 de mayo de 1727](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Para Tobias: gracias

Personajes

Familia de Pedro el Grande

Pedro el Grande; zar y emperador de todas las Rusias; también conocido como Pedro Alexéievich Románov, *bátiushka* zar y Pedro I.

Marta Skavronska; amante y luego esposa de Pedro el Grande; también conocida como Catalina Alexéievna, Catalinushka, zarina y emperatriz de todas las Rusias.

Eudoxia; primera esposa de Pedro, madre de Alejo, exzarina.

Zarévich Alejo; hijo y heredero primigenio.

Sofía Carlota de Brunswick; mujer de Alejo.

Petrushka; hijo de Alejo y Sofía Carlota.

Ana, Isabel y Natalia; zarevnas, hijas supervivientes de Pedro y Catalina.

Catalina; hija de Pedro y Catalina que muere durante la infancia.

Pedro Petróvich; Petrushka; hijo de Catalina y Pedro el Grande, heredero preferido de este último, muere siendo niño.

Regente Sofía; hermanastra de Pedro.

Zar Iván; hermanastro de Pedro.

Zarina Praskovia Ivánovna; viuda de Iván.

Zarevna Catalina Ivánovna y zarevna Ana Ivánovna; hijas de Iván; también conocidas como las *zarevni* o *zarevnas* Ivánovna.

Duque de Curlandia; marido de la zarevna Ana Ivánovna.

Duque de Macklemburgo; esposo de la zarevna Catalina Ivánovna.

Duque de Holstein; marido de la zarevna Ana, hija de Pedro y Catalina.

En la corte imperial rusa

Conde Alexandr Danílovich Ménshikov; general del ejército de Pedro y su amigo de confianza; también conocido como Alékasha y Ménshikov.

Daria Arsénieva; noble, amante y luego esposa de Ménshikov.

Varvara Arsénieva; hermana de Daria.

Rasia Ménshikova; hermana de Alexandr Danílovich Ménshikov.

Antón Devier; marido de Rasia Ménshikova, jefe del servicio secreto de Pedro.

Feofán Prokopóvich; arzobispo de Nóvgorod, confesor de Pedro.

Príncipes Dolgoruki; partidarios del hijo de Alejo, Petrushka.

Blumentrost, Paulsen y Horn; médicos de Pedro.

Anna Mons; examante alemana de Pedro.

Wilhelm Mons; hermano de Anna, cortesano y amante de Catalina.

Mary Hamilton; cortesana, amante de Pedro.

Mariscal de campo Borís Petróvich Sheremétev; general en jefe de Pedro.

Alice Kramer; amante alemana de Sheremétev, luego dama de compañía de Catalina.

Conde Piotr Andréievich Tolstói; cortesano y confidente de Pedro.

Alexandra Tolstóia; hermana del conde Piotr Andréievich Tolstói, dama de compañía de Catalina.

Pável Yaguzhinski; mayordomo mayor y miembro del Consejo Privado de Pedro.

Piotr Shafírov; cortesano judío, miembro del Consejo Privado de Pedro.

Ostermann; canciller de Pedro.

Yakovlena; doncella cherquesa de Catalina.

Boi-Baba; lavandera, amante de Pedro.

Yefrosinia; lavandera, amante de Alejo.

Andreas Schlüter; maestro constructor y arquitecto, creador de la Cámara de Ámbar.

Domenico Trezzini; arquitecto en San Petersburgo.

En la región del Báltico

Cristina, Fiódor y Margarita; hermanastros de Marta.

Tania; madrastra de Marta.

Vasili Gregoróvich Petrov; mercader ruso de Walk que compra a Marta para que sirva en su casa.

Praskaia; amante de Vasili.

Nadia; ama de llaves de Vasili.

Olga; sirvienta doméstica de Vasili.

Ernst y Caroline Glück; pastor luterano y su esposa.

Anton, Frederic y Agneta Glück; hijos de Ernst y Caroline.

Johann Trubach; dragón sueco, primer marido de Marta.

Los europeos

Rey Carlos XII de Suecia; enemigo de Pedro en la Gran Guerra del Norte.

Mariscal Rehnskjöld; principal general de Carlos XII.

Augusto el Fuerte; elector de Sajonia, aliado de Pedro.

Federico Guillermo; rey de Prusia, el Rey Soldado.

Luis XIV de Francia.

Luis XV de Francia.

Jean-Jacques Campredon; embajador de Francia en
Rusia.

Príncipe Demetrio Cantemir de Moldavia.

Princesa María Cantemir; hija de Demetrio y amante
de Pedro.

Interregno, 1725

Está muerto. Mi amado esposo, el poderoso zar de todas las Rusias, ha muerto. Y justo a tiempo.

Momentos antes de que la muerte se lo llevara, Pedro pidió que le trajeran pluma y papel a su cámara en el palacio de Invierno. Casi se me paró el corazón. No se había olvidado, iba a arrastrarme con él. Cuando perdió el conocimiento por última vez y la oscuridad lo estrechó contra su seno, la pluma se le escapó de entre los dedos. La tinta negra salpicó las sábanas sucias; el tiempo contuvo la respiración. ¿Qué quiso zanjar el zar con aquel último esfuerzo de su imponente espíritu?

Yo conocía la respuesta.

Las velas del alto candelabro colmaban el aposento de un aroma intenso y una luz vacilante; su resplandor hacía temblar las sombras y dotaba de vida a las figuras tejidas en los tapices flamencos, cuyas sencillas facciones expresaban dolor e incredulidad. El viento de febrero que sacudía con furia las persianas ahogaba las voces de las personas que llevaban toda la noche al otro lado de la puerta. El tiempo se extendía poco a poco, como aceite sobre agua. Pedro se había grabado en nuestra alma como el sello de su anillo en el lacre caliente. Costaba creer que el mundo no se hubiera detenido con su fallecimiento. Mi esposo, la mayor voluntad que jamás se hubiera impuesto a sí misma sobre Rusia, había sido algo más que nuestro gobernante: fue nuestro destino. Seguía siendo el mío.

Blumentrost, Paulsen y Horn, los médicos, rodeaban en silencio el lecho de Pedro y lo contemplaban cariaconteci-

dos. Cinco kopeks en medicamentos, administrados con tiempo suficiente, podrían haberlo salvado. Gracias a Dios por la insensatez de los matasanos.

Sin necesidad de mirar, notaba que Feofán Prokopóvich, el arzobispo de Nóvgorod, y Alexandr Ménshikov me observaban. Prokopóvich había hecho eterna la voluntad del zar, y Pedro tenía mucho que agradecerle. Ménshikov, en cambio, debía a Pedro toda su fortuna y su influencia. ¿Qué fue lo que el zar dijo cuando alguien intentó desacreditar ante él a Alexandr Danílovich aludiendo a sus turbios negocios? «¡Ménshikov es siempre Ménshikov, en todo cuanto hace!» Y así zanjó la cuestión.

El doctor Paulsen había cerrado los ojos al zar y le había cruzado las manos sobre el pecho, pero no había desprendido de ellas el pergamino que contenía la última voluntad y testamento de Pedro. Esas manos, que siempre fueron demasiado delicadas para aquel cuerpo alto y poderoso, se habían quedado inmóviles, impotentes. Apenas dos semanas antes las había hundido en mi pelo, ensortijándose los dedos con él mientras inhalaba el aroma a agua de rosas y sándalo.

—Catalina mía —dijo entonces, dirigiéndose a mí por el nombre que él mismo me había puesto, mientras me sonreía—. Sigues siendo una belleza. Pero ¿qué aspecto tendrás en un convento, cuando te rapen? Allí el frío doblegará tu espíritu aunque seas fuerte como un caballo. ¿Te había contado que Eudoxia todavía me escribe suplicándome un segundo abrigo de pieles, la pobre? ¡Menos mal que tú no sabes escribir! —añadió con una carcajada.

Eudoxia, su primera esposa, llevaba treinta años encerrada en un convento. La vi una vez. En sus ojos brillaba la locura, su cabeza pelona estaba cubierta de forúnculos y pústulas causadas por el frío y la suciedad, y su única compañía era una enana jorobada que la servía en su celda. Pedro había ordenado que cortaran la lengua a la pobre criatura, de manera que, como respuesta a los gemidos y

lamentos de Eudoxia, lo único que podía hacer era farfullar. Pedro estuvo en lo cierto al suponer que verla me infundiría un pavor que me duraría de por vida.

Me arrodillé junto a la cama y los tres médicos se retiraron a la penumbra del borde de la habitación, como cuervos ahuyentados de un sembrado, los infortunados pájaros que tanto aterrorizaron a Pedro durante sus últimos años de vida. El zar había levantado la veda para cazarlos en todo su imperio. Los granjeros los atrapaban, mataban, desplumaban y asaban a cambio de una recompensa. Nada de todo aquello ayudó a Pedro, pues en silencio, por la noche, el ave fantasmal se colaba a través de las paredes acolchadas y las puertas cerradas con llave de su dormitorio. Sus alas de ébano eclipsaban la luz y, bajo esa fría sombra, la sangre de las manos del zar no se secaba nunca.

Sus dedos no eran todavía los de un cadáver, sino que estaban blandos, aún calientes. Por un momento, el miedo y la ira de los últimos meses se escabulleron de mi corazón como un ladrón en la noche. Le besé las manos e inhalé su familiar olor a tabaco, tinta, cuero y la tintura perfumada que mezclaban en Grasse para su uso exclusivo.

Le quité el pergamino de la mano. No me resultó difícil deslizarlo, aunque la sangre se me cuajara de miedo y mis venas se recubrieran de hielo y escarcha como las ramas de los árboles durante nuestro invierno báltico. Era importante demostrar a todos que solo yo tenía derecho a hacer eso, yo, su esposa y madre de doce hijos suyos.

El pergamino crujió cuando lo desenrollé. No por primera vez, me avergoncé de mi incapacidad para leer. Entregué las últimas voluntades de mi esposo a Feofán Prokopóvich. Por lo menos, Ménshikov era tan desconocedor del contenido como yo. Desde el momento mismo en que Pedro nos atrajo a su órbita y nos hechizó con su embrujo, habíamos sido como dos niños pequeños que riñeran por

el amor y la atención de su padre. *Bátiushka* zar, lo llamaba su pueblo. Nuestro padrecito zar.

Prokopóvich debía de estar al corriente de lo que Pedro había previsto para mí. Era un viejo zorro de vivo ingenio que se sentía tan a gusto en el reino terrenal como en el celestial. Daria me juró una vez que tenía tres mil libros en su biblioteca. ¿Para qué quiere un hombre tres mil libros, si puede saberse? El pergamino no parecía pesar en sus manos cubiertas de manchas fruto de la edad. Al fin y al cabo, el propio Prokopóvich había ayudado a Pedro a redactar aquel decreto que nos escandalizó a todos. El zar, obviando toda costumbre, toda ley, quiso nombrar a su propio sucesor, y prefirió legar su imperio a un extraño que lo mereciera antes que a su propio hijo indigno: Alejo...

Qué tímido se mostró cuando nos conocimos. Me pareció la viva imagen de su madre, Eudoxia, con la mirada huidiza y la frente alta y abombada. No podía sentarse con la espalda recta porque Ménshikov le había azotado la espalda y las nalgas hasta hacerlo sangrar. Alejo no había comprendido a tiempo lo que el destino le deparaba: en su afán por crear una Rusia nueva, el zar no iba a tener miramientos con nadie; ni consigo mismo ni con su único hijo. «No eres sangre de mi sangre, Alejo, ni carne de mi propia carne...» Y por eso yo pude dormir tranquila. Pedro, sin embargo, sufrió pesadillas desde aquel día.

El corazón me martilleaba contra el corsé poco apretado, y me sorprendía que su eco no resonara en las paredes. Sin embargo, sostuve la mirada a Prokopóvich con toda la calma que pude reunir. Encogí los dedos de los pies dentro de mis zapatillas porque no podía permitirme un desmayo. La sonrisa del arzobispo era tan fina como una de las hostias que ofrecía en la iglesia. Conocía los secretos del corazón humano; sobre todo, los del mío.